

CARTA A LOS EFESIOS

EDITA:

Stichting In de Rechte Straat

Fundación En la Calle Recta

Prins Hendrikweg 4

6721 AD Bennekom

HOLANDA

Fax: +31 318 – 43 13 95

E-mail: secr@irs.nu

Website: www.enlacallerecta.es

ISBN 978-90-803906-8-3

-2007-

Ilustración de la cubierta:

© de Banier – Utrecht

CARTA A LOS EFESIOS

AUTOR:
Fco. Rodríguez P.

ÍNDICE

Capítulo 1:1-12	6
Capítulo 1:13-23	10
Capítulo 2:1-10	13
Capítulo 2:11-22	17
Capítulo 3:1-13	21
Capítulo 3:14-21	24
Capítulo 4:1-15	26
Capítulo 4:17-32	30
Capítulo 5:1-20	34
Capítulo 5:21-33; 6:1-9	37
Capítulo 6:10-24	40

EDITORIAL

El apóstol Pablo en esta carta nos presenta las dos caras de una misma moneda. Por un lado la situación del hombre sin Dios y sin esperanza en el mundo, y por otro el nuevo hombre creado en Cristo.

El hombre sin Cristo está muerto en delitos y pecados, alejado de Dios. El único que nos reconcilia con Dios y nos acerca a Dios es la sangre de Cristo Jesús. Incluso nos dice: “Sois conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios”.

Qué cambio tan maravilloso hace el Espíritu en todos aquellos que creen en Cristo, “para que habite Cristo por la fe en sus corazones”.

En manera alguna, pues, tiene sentido alguno que el creyente ande “como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente”.

El nuevo hombre, que aquí se nos presenta, es creación de Dios, vestido de justicia y santidad. Nada tiene que ver con el viejo hombre que desde Adán se había despojado de la justicia y la santidad con que Dios lo había creado en el paraíso.

Aquí también se nos advierte que Dios nos perdonó todo en Cristo, y esa misma actitud debemos imitarla nosotros con todos los que nos rodean como hijos amados de Dios.

Francisco Rodríguez P.

El manantial de toda bendición es Cristo

CAPÍTULO 1:1-12

“Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús” (v. 1).

“Apóstol por la voluntad de Dios”. Esto es algo que deberíamos preguntar a tantos que se presentan ante nosotros con la etiqueta de “líder, ministro o sacerdote”: ¿Eres, lo que dices, por “voluntad de Dios” o por voluntad de los hombres? Es muy importante saberlo, porque ello lleva implícito que anuncie la revelación de Dios (la Palabra de Dios) o una doctrina de hombres.

Pablo, acerca del Evangelio que él nos anuncia, dice: “El Evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (Gál. 1:12). En esto se basa la autoridad de Pablo para anunciar el Evangelio, en que se lo reveló Cristo mismo. Porque Dios lo llamó por su gracia, para revelar a Su Hijo en él.

Con esta autoridad y con esta revelación se dirige a los “santos y fieles en Cristo Jesús”.

La palabra “santo” en el Antiguo Testamento se aplica a alguien que pertenece a otra categoría. El ejemplo más claro de esto nos lo ofrece el profeta Oseas 11:9, cuando dice el Señor: “Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti”. También llama “santos” a los ciudadanos del pueblo, que el Santo ha elegido, llamado, purificado y hecho su pueblo. Todo esto también lo confirma el apóstol Pedro en su 1ª Carta 2:9, cuando escribe: “Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios”. Pero el nombre de “santos” es un calificativo que Dios les concede, no es una cualidad que tengan en sí mismos, porque sólo Dios es el Santo. Tampoco es una aportación personal de los fieles, sino un regalo del Santo.

Dios nos ha dado el Espíritu como fuerza santificadora, para ser y vivir para Dios, y pertenecer totalmente a Él. Un pueblo santo con Dios Santo en medio de ellos: El Reino de Dios.

Pero algunos llaman “santos” sólo a los que por sus aportaciones personales merecen ese título según el beneplácito del Papa de Roma; para presentarlos delante de los fieles, como modelos de virtud y también como objetos de culto idolátrico.

Estos no son para nada los santos, a los que Pablo se refiere, que Dios ha bendecido con toda bendición espiritual, por lo cual Pablo alaba a Dios de esta manera:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (v.3).

Pablo no se refiere aquí a unos pocos privilegiados, sino a todos los creyentes en Cristo, entre los cuales el apóstol se incluye. La garantía y la causa de toda esa bendición espiritual es Cristo mismo en propia Persona. Allí mana a la diestra del Padre el manantial de toda bendición para nosotros, ya sea que vivamos en el cuerpo sobre esta tierra o que nos llame ante su presencia.

Son tan grandes y tan ricas estas bendiciones que Pablo no duda en decir: “con Él nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales” (2:6). Pedro lo dice de otra manera: “nos llamó de las tinieblas a Su Luz admirable” (1 Pe. 2:9). Estas bendiciones no

sólo son un hecho de futuro celestial, sino una realidad de presente que nos alumbró Su Luz admirable al sacarnos de las tinieblas. Además, esa bendición en los lugares celestiales también atañe a nuestro propio cuerpo porque nos resucitó con Cristo. Y también tiene lugar para nosotros en la casa del Padre, donde nos hará sentar con Él.

“Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él” (v.4).

Aquí nos muestra con total claridad que el punto central sobre el que se fundamenta esta elección es Cristo, no los elegidos. Pues esa elección fue hecha antes de la fundación del mundo, para que la gloria de Cristo resplandezca en los elegidos. Esto también lo confirma la oración del Señor, cuando dice: “quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Jn. 17:24). El apóstol Pedro también hace referencia a ese plan de Dios en Cristo, “ya destinado desde antes de la fundación del mundo” (1 Pe. 1:20). Esta obra es de Dios y no del hombre; es el plan de Dios hecho realidad en Cristo para el hombre, “para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él”. Pero ese ser “santos y sin mancha” no es un acto de nuestro esfuerzo personal, sino un fruto de la reconciliación por la muerte de Cristo, “para presentarnos santos y sin mancha e irreprochables delante de Él” (Col. 1:22). Este fruto sólo se hace realidad en nosotros si permanecemos “fundados y firmes en la fe”.

“En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (v.5).

Esta adopción no se fundamenta en algo o en alguien, sino en la sola voluntad soberana de Dios. Tampoco hay otro mediador, ni en el cielo ni en la tierra, que intervenga en esta adopción, sino sólo Jesucristo. Por medio de Él somos adoptados por hijos de Dios. Y sólo aquellos que reciben a Jesucristo, es decir, los que creen en Él, Dios también les recibe por hijos (Jn. 1:12). Esto también es una de las grandes bendiciones espirituales con las que Dios nos ha bendecido en Cristo. Teniendo como motivo el “puro afecto de la voluntad de Dios”, y nada que nosotros hubiéramos hecho, sino lo que hemos aceptado de Cristo por medio de la fe como un regalo inmenso de Dios, el Padre. Y todo esto lo hizo “para alabanza de la gloria de Su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” (v.6). El fundamento de esta gracia es el amor del Padre hacia el Hijo. Dios mismo es el que nos hace aceptos en Su Hijo, y jamás nosotros mismos nos podemos hacer aceptos a Dios por nuestras propias obras o virtudes. Dios sólo nos acepta en el Amado:

“En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia” (vs. 7,8).

Nuestra redención tiene su fundamento inamovible en la sangre de Cristo. Este es el precio que Él ha tenido que pagar por nuestro rescate: “para rescatarnos de nuestra vana manera de vivir” (1 Pe. 1:18); y así librarnos del pecado, de la culpa, de la maldición, del castigo, de la perdición y de la esclavitud del diablo. Ese rescate, que tiene

como precio la sangre de Cristo, lo avalan las riquezas de la gracia de Dios, por lo cual es total y absoluto. Nuestra cuenta personal con Dios ha sido totalmente saldada por Su sobreabundante gracia, que nos regala en Su Amado Hijo. No hay sabiduría ni inteligencia humana que pueda penetrar en este misterio. Pero nuestro Padre ha querido darnos sabiduría e inteligencia por Su Espíritu, “para que sepamos lo que Dios nos ha concedido” (1 Cor. 2:12).

“Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en Sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra” (vs. 9,10).

El Padre nos da a conocer su plan final de reunir todas las cosas en Cristo. El Señor ha establecido que el punto central de ese plan sea Cristo. Él ha querido revelarnos ese plan para que vivamos atentos, como sabios que beben de la fuente de la revelación de Dios, y no como necios que se alimentan de “los argumentos de la falsamente llamada ciencia”. Su voluntad solo se conoce si nos la revela, por eso es un misterio hasta que nos la da a conocer. A partir de ese momento es una fuente de información para alimentar nuestra fe y caminar con esperanza viva por el camino nuevo y vivo que Cristo nos abrió.

Dios establece los tiempos según su beneplácito, por eso no estará demás recordar lo que se dice en la carta a los Romanos 13:12: “Conociendo el tiempo, que ya es hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, se acerca el día”; el momento en que el cielo y la tierra sean totalmente nuevos; y el punto de unión de todas las cosas sea Cristo.

Pero no olvidemos que de esta unión están excluidos todos los que entran por la puerta ancha que lleva a la perdición; y niegan a Cristo que dice: “Yo soy la puerta, el que por Mí entrare, será salvo” (Jn. 10:9).

Hoy, sin embargo, muchos nos dicen que cualquier puerta es válida para ser salvo. Ante tal actitud lo mejor es recurrir a lo que está escrito: “Nadie os engañe en ninguna manera, porque no vendrá (el Señor) sin que antes venga la apostasía” (2 Tes. 2:3).

El plan de Dios camina a su fin de reunir todas las cosas en Cristo. La apostasía es una señal de su proximidad, así lo debemos entender para no dejarnos distraer por los cantores ecumenistas y por los devotos de la oración en común de las religiones. Si Cristo no es el centro vivo de unión en nuestras reuniones y oración, somos simples profetas de la apostasía. Estemos atentos, pues, a las señales de los tiempos, porque “la noche está avanzada, se acerca el día”.

“A fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo” (v.12).

Los creyentes están puestos para “alabanza de Su gloria”, no para alabanza de ninguna religión. Y sólo el que está en Cristo puede tener esta esperanza viva como heredero de todas estas bendiciones y promesas, porque esa es la propuesta de Dios con nosotros “según el designio de Su voluntad” en Cristo.

Todo lo que hasta ahora hemos comentado en este capítulo lo resume Pablo en una frase a su amigo Timoteo:

“Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Tim. 1:9).

Todo lo que la iglesia es, y todo lo que tiene, lo recibe del Señor Jesús

CAPÍTULO 1:13-23

“En Él también vosotros, habiendo oído la Palabra de verdad, el Evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en Él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (v. 13).

Pablo en la primera parte de este capítulo nos presenta todas las bendiciones de la gracia de Dios que nos han sido concedidas en Cristo, en el Amado.

Ahora nos aclara que, el creer en Cristo, tiene su nacimiento en el escuchar la Palabra de verdad, el Evangelio, es decir, la buena nueva de nuestra salvación, y creerla, porque creer en el Evangelio, es creer en Jesucristo, ya que Él es el contenido del Evangelio, la Persona que resplandece en esa Buena Nueva.

Nunca podemos separar la Palabra de verdad, esto es, el Evangelio, de la fe en Cristo. Ya que el perseverar, guardar o permanecer en la Palabra de Dios, es la garantía de que esa persona tiene al Padre y al Hijo, pero el que no persevera en la Palabra no tiene a Dios (2 Juan 9).

El Evangelio de nuestra salvación no está formado por nuestras propias doctrinas, sino que es Cristo Mismo. Por eso nadie puede añadir o quitar a ese Evangelio, pues sería como quitar o añadir algo a la Persona de Jesucristo, y eso es totalmente imposible, “porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9).

Lo único que nos pide el Señor es, que añadamos a nuestro incrédulo corazón, la fe en Él, para que todas las bendiciones que el Padre ha otorgado en Cristo, a los que creen en Él, nos alcancen también, hoy, a nosotros.

La garantía de nuestra salvación no se fundamenta en los sellos que cada iglesia estampa sobre sus propias doctrinas, aunque ese sello diga que esa iglesia es la única verdadera. Pues no se trata de sellos fabricados por mano o mente humana, sino que es el Mismo Espíritu Santo. Nadie puede utilizar o manipular ese sello, porque es promesa de Dios y el que sella es Dios.

El sello del Espíritu en ti es la constatación de tu parte en Cristo y en Su salvación. Y también la fianza como garantía de nuestra herencia en toda la obra de Cristo y con Cristo hasta la manifestación gloriosa de Cristo y nosotros con Él. El Padre nos quiere garantizar con Su Espíritu que las promesas de Dios son en Él firmes y verdaderas.

“Haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé Espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él” (vs. 16-17).

Pablo se goza en la fe que los creyentes tienen en el Señor Jesús y también por el amor que comparten en la convivencia diaria con todos los santos en el Señor. Pero no sólo da gracias por ellos a Dios, sino que también ora por ellos para que el Señor les dé Espíritu de sabiduría y de revelación, para que conozcan Su voluntad y vivan como es digno del Señor, llevando fruto en el Espíritu y creciendo en Su conocimiento.

El único que nos puede revelar las cosas de Dios es el Espíritu, porque “nadie conoce

las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Cor. 2:11). Y la sabiduría, con la que habla el verdadero creyente, no proviene de las enseñanzas de la sabiduría humana, sino del Espíritu. El apóstol, con su forma de orar, les está mostrando que el hombre natural no puede saber las cosas que Dios ha concedido a los que creen en Su Hijo. “Pues el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios”.

Cuando el hombre natural pretende con su propia sabiduría y raciocinio conocer las cosas de Dios (“que no las puede entender”), se mete en el oscuro laberinto de su mente que le lleva a la locura de la incredulidad, aunque, muchas veces, disfraza esa locura con diversas formas de religiosidad.

“Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos” (v. 18).

La Escritura no se puede comprender por pura sabiduría humana, porque ni los maestros de Israel ni los discípulos de Jesús comprendieron las Escrituras. Lucas en el capítulo 24:45 dice: “Entonces (Jesús) les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día”.

Los maestros de Israel sabían las Escrituras, pero el entenderlas les estaba velado, y los discípulos de Jesús las habían escuchado de la misma boca del Señor, pero tampoco comprendieron. Unos y otros nada entendieron, porque los primeros con toda su literal y humana sabiduría mataron “al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de entre los muertos” (Hech. 3:15); y a los segundos el Señor “les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado” (Mr. 16:14).

La incredulidad y la dureza de corazón es el velo, que oscurece los ojos de nuestro entendimiento impidiéndonos comprender las Escrituras. El Espíritu del Señor es el que quita ese velo de nuestros ojos, para que veamos con nitidez la obra maravillosa que Cristo quiere hacer realidad en nosotros por medio de la fe; y también hace renacer en nosotros una esperanza viva en “una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe”(1 Pedro 1:3-5).

Cuando Pablo pregunta: “¿Quién eres, Señor? Y el Señor le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues” . El Señor le encomienda una misión entre los gentiles con estas palabras: ... “para que abras sus ojos... para que reciban, por la fe que es en Mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hech. 26:15-18).

Pero el apóstol entiende muy bien que el único que abre los ojos del entendimiento del hombre, para conocer las cosas del Señor es el Espíritu Santo. Así tampoco nos sorprenderá cuando en esa misma ciudad de Éfeso pregunta a ciertos discípulos: “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?” (Hech. 19:2). Estos eran discípulos de Juan el Bautista, y no habían creído en Cristo, pero cuando creyeron en Cristo, si recibieron el Espíritu Santo. En ese momento sus ojos se abren a una esperanza viva, y seguros de participar en las riquezas de gracia en Cristo.

“... y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales” (vs. 19-20).

Este poder es de Dios “mediante la fe”, y no tiene límites, porque es infinito. Lo único que puede limitar ese poder en nosotros, es nuestra propia incredulidad. A veces nuestra oración es un lamento de nuestra incredulidad ante el Señor, como la de aquel padre que le pedía a Jesús por la sanidad de su hijo,... “si puedes hacer algo”, ... “Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible” (Mr. 9:22-23).

Ese poder no está en la fe, sino en el poder de Dios para con nosotros por la fe en Cristo. El Padre ha dado también a Su Hijo “poder sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste” (Juan 17:2). Es el mismo poder que actuó en Cristo resucitándole de entre los muertos, y el que Jesús utiliza para dar vida eterna a todos los que el Padre trae a los pies de Jesús, añadiendo: “Y Yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:44). Es uno y el mismo poder el que operó en Cristo resucitándole y sentándole a la diestra del Padre, y el que actúa en nosotros dándonos vida eterna y el poder con que Jesús dice: “Yo les resucitaré”.

Nuestra fe en el Señor Jesús y nuestro amor para con todos los santos hacen brotar en nosotros “la necesidad de orar siempre y no desmayar” (Lc. 18:1), “y el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad” (Rom. 8:26), pues muchas veces ni sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu siempre intercede por nosotros conforme a la voluntad del Padre. Por eso debemos escuchar siempre al Espíritu y dejarnos guiar por Su sabiduría y revelación, las cuales nos llevan al conocimiento de Dios en Su Hijo Jesucristo.

“Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (v.22).

Cristo tiene todo poder en los cielos y en la tierra, sobre todo poder y señorío, y sobre todo nombre; y lo doy por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia. Este es un don inmenso de la gracia de Dios para la iglesia. La posición del Señor Jesús con respecto a la iglesia es muy diferente de las otras criaturas. Porque en virtud de la Cabeza, que es Cristo, el cuerpo, que es la iglesia, se nutre y crece con el crecimiento que da Dios (Col. 2:19). Podemos decir que todo lo que la iglesia es y todo lo que tiene, lo recibe del Señor Jesús. Por eso Pablo dice que lo que vive en la carne lo vive en la fe del Hijo de Dios. Y esto significa que: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gal. 2:20).

La medida del amor, que Dios nos tiene, es Su propio Hijo

CAPÍTULO 2:1-10

“Y (Él os dio vida a vosotros), cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo... todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos...” (v. 1-3).

El apóstol quiere hacer plenamente conscientes a los efesios de la situación en la que se encontraban sin Cristo. El veredicto no puede ser más desconsolador: el que no tiene a Cristo está muerto en “delitos y pecados”. Está muerto espiritualmente para toda relación con Dios. Por mucho que el hombre haga para tener vida espiritual por sí mismo, es un imposible, porque está muerto. Necesita al Autor de la Vida para que le dé vida y pueda vivir. El andar en “delitos y pecados” es una prueba fehaciente de la muerte que reina en ese caminante. Cuando uno se lanza a la corriente de este mundo es uno de tantos muertos que arrastra esa corriente como hojas secas que han caído bajo el soplo tentador del príncipe de la potestad del aire, el diablo.

Pero no olvidemos que todos nosotros vivimos también, mejor dicho, estábamos muertos en los deseos de nuestra carne. Nada podíamos hacer para salir de esa situación de muerte. Sólo Aquel, que da la vida, lo podía hacer. Y nada había en nosotros para que Él tuviera una razón para sacarnos de esa muerte. Antes al contrario, sólo merecíamos esa muerte.

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por Su gran amor con que nos amó, aún estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)” (v. 4,5).

Sólo Dios, que es AMOR, pudo hacer tal demostración infinita de amor hacia los muertos pecadores. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a Su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10). La medida del amor, que Dios nos tiene, es Su propio Hijo. Por eso el pecado más grande que un hombre puede cometer es despreciar el amor de Dios en Su Hijo. Y tampoco, es un pecado menor, pensar que uno puede merecer ese AMOR.

¿Qué podías merecer tú, si estás, o estabas “muerto en pecados”?

Pero no te engañes, ni te dejes engañar por otros, porque Dios no te da vida por medio de ningún medio o método humano, sino sólo nos da vida juntamente con Cristo. Tratar de comprender con nuestra mente humana esta obra de las infinitas riquezas de la gracia de Dios es algo de lo que sólo nos puede convencer el Espíritu. Pero no es menos cierto que Dios nos da a nosotros Su Hijo, y al mismo tiempo a nosotros nos da a Él. Estos versos resaltan el estado de muerte que se encuentra todo hombre sin Cristo, pero sobre todo, lo que nos dejan ver es, el infinito amor de Dios, sin que nosotros mereciéramos ni una brizna de ese amor infinito, antes bien, éramos merecedores de muerte eterna.

Muchos desoyendo lo que nos certifica la Palabra de Dios: estado de “muerte en delitos y pecados”, pretenden guiados por su propia opinión presentarse como vivos estando muertos, haciendo la voluntad de su carne y de sus pensamientos; presentan como certificado de garantía los sacrificios de su carne y la mortificación de sus pensamientos según sus normas religiosas; todo eso sólo es vanidad de vanidades y todo vanidad. Ya que todo eso ni merece la vida ni da la vida juntamente con Cristo. Antes bien, estás despreciando el amor infinito de Dios en Su Hijo: el Autor de la Vida.

Es un cambio esencial el que se produce en el pecador “muerto en delitos y pecados”, cuando Dios le da la vida juntamente con Cristo. La causa de ese cambio esencial de muerte a vida es el “gran amor con que Dios nos amó”. Está fuera de lugar, pues, pensar que algo digno puede hacer el hombre muerto en “delitos y pecados”. Los muertos no hacen obras de vida, solo los vivos en Cristo andan en las buenas obras, que Dios les preparó en Cristo. Si alguien aún está pensando que él mismo puede aportar algo a su salvación, el apóstol Pablo le grita: ¡Por gracia sois salvos! Sólo el gran amor de Dios en Cristo nos salvó y nos salva. Si buscas otros caminos o medios para salvarte, estás despreciando el gran amor de Dios en Cristo. ¿Y piensas, entonces, que Dios se va agradar en ti? No solo estás negando Su amor, sino también desprecias todas las bendiciones espirituales, que te ofrece Dios en Cristo.

“Y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (v. 6,7).

Con Cristo y en Cristo se realiza toda la obra de Dios en nosotros. Y tan cierto como nos dio vida juntamente con Cristo, cuando estábamos muertos “en delitos y pecados”, no es menos cierto que también nos resucitó con Él, así como Cristo mismo resucitó de los muertos, y ese mismo poder de Dios que actuó en Cristo actúa en nosotros, los que creemos. Y tenemos una esperanza viva mientras vivimos por la fe en esta carne, hasta el tiempo de adquirir la herencia reservada en los cielos para nosotros, que somos guardados por el poder de Dios mediante la fe (1 Pedro 1:3-5).

Todo esto nos muestra que nuestra redención, resurrección y herencia en los cielos es obra de Dios para gloria de Dios, y nunca es obra de hombre ni merecimiento alguno del hombre.

El hecho de que Dios nos identifique con Cristo en Su muerte, en Su resurrección y en Su glorificación hace que Cristo mismo sea la Gracia soberana de Dios para nosotros y en nosotros. Este es el camino que Jesús recorrió para volvernos al Padre y al mismo tiempo regresar Él mismo al Padre. Y nadie viene al Padre, si no es por este Camino. Pues el mismo Jesús nos lo recuerda: “Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida; nadie viene al Padre, sino por Mí” (Juan 14:6).

A veces se oye a gente que habla con profunda religiosidad de la muerte y resurrección de Cristo, y a renglón seguido se pregunta: ¿cómo podremos conocer el camino para ir al Padre? Esta pregunta encierra una cierta contradicción, pues esa muerte y resurrección de Cristo es el camino conocido para ir al Padre. Pero este Camino no se transita con la religiosidad, sino con la confianza y la seguridad de la fe de Cristo.

Hay personas que no dudan de la resurrección de Cristo, pero si le dices que él mismo

resucitará, entonces tienen sus dudas. Aquí también hay una seria contradicción, porque si dudas que tú en Cristo un día resucitarás semejante al cuerpo de la gloria suya, tampoco crees que Cristo ha resucitado.

La obra, que Dios hace en nosotros por Cristo y en Cristo, no es para que mostremos nuestra bondad, sino “la bondad de Dios para con nosotros en Cristo Jesús”. Pues Cristo mismo es la manifestación de las “abundantes riquezas de Su gracia” para con nosotros.

Su muerte es la muerte de nuestro viejo hombre, que fue crucificado juntamente con Él, para que no seamos más esclavos del pecado. Porque si has muerto al pecado en la muerte de Cristo, no tiene explicación alguna que sirvas al pecado en tu carne, a menos que no creas que Cristo ha muerto por ti.

Su resurrección es la garantía de que ha vencido a la muerte y al pecado, una vez por todas, para que como Él vive nosotros también vivamos para Dios en espíritu y verdad.

Sin olvidar que Dios nos acepta sólo, y siempre, en Su Amado Hijo, y nunca por nuestra propia piedad o virtud. ¿Por qué?

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (v. 8,9).

Estos versos son la conclusión de todo lo que en los versos anteriores se ha venido exponiendo. La gracia de esta salvación es Cristo mismo y la fe es el medio por el cual recibimos la gracia de la salvación: Cristo Jesús. Nada podíamos hacer nosotros, cuando estábamos “muertos en delitos y pecados”, para poder merecer esta gracia infinita de Dios. Sólo lo podemos aceptar como un regalo inmenso y eterno del gran amor de Dios.

“No por obras”, porque entonces la gracia ya no es gracia como se nos advierte en el verso que comentamos; porque “al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda” (Romanos 4:4; 11:6). Muchos se olvidan del significado de las palabras gracia y obra, y sobre todo del estado de muerte en el cual el hombre se encuentra sin Cristo; y en ese estado ningún hombre puede merecer nada de la obra salvadora de Cristo ni del gran amor del Padre.

En los versos anteriores se nos presentaba la situación catastrófica en que nos encontrábamos, hasta que Dios quiso intervenir en nuestro estado de muerte para darnos vida con Cristo Jesús. Muchos, parece como si quisieran alcanzar esa vida por sí mismos, olvidando que esa vida sin Cristo no existe. Pero por otra parte es un gran don (regalo) de Dios que esa vida nos la quiera dar “juntamente con Cristo, para que vivamos por Él”. Es una vida en una relación personal y permanente con Su Hijo. Pues, fiel es Dios que nos llamó a la comunión con Su Hijo Jesucristo (1 Cor. 1:9).

“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (v.10).

Sólo aquellos, que por la fe en Jesús han nacido de nuevo, andan en las buenas obras que Dios preparó de antemano. Esas obras no son un producto del hombre, sino un fruto del Espíritu que mora en ellos, para que Cristo sea glorificado en ellos. El que

ha nacido de nuevo es hechura de Dios, no un producto de la religión que profesa. La religión te obliga a hacer “buenas obras” según sus propias normas para alcanzar las metas que ella misma te propone. Pero Dios te crea en Cristo Jesús para buenas obras, para que seas hecho conforme a la imagen de Su Hijo (Rom. 8:29).
No te acerques a Dios con las obras de tu religión, acércate con corazón sincero, en plena certidumbre de fe por el camino nuevo y vivo que Jesús te abrió a través de Su muerte y de Su resurrección (Hebr. 10:20).

El hombre sin Cristo, ni se puede acercar a Dios, ni le puede conocer

CAPÍTULO 2:11-22

“En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús , vosotros que en otro tiempo estabais lejanos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” (vs. 12,13).

El apóstol Pablo quiere que los santos y fieles en Cristo Jesús, que estaban en Éfeso, tuviesen muy presente la situación real, en la cual se encontraban antes de oír el Evangelio de la salvación y haber creído en Él, y ser sellados con el Espíritu. Pues como ciudadanos de este mundo, siguiendo los deseos del corazón y de la propia mente, su situación ante Dios era de muerte en delitos y pecados; y para el pueblo de Israel eran incircuncisos, porque no llevaban en su carne la señal del pacto, que Dios hizo con Abraham. Esto los excluía de la ciudadanía del pueblo elegido de Dios y de las promesas, que Dios había hecho a Abraham. Pero esa promesa tenía su pleno cumplimiento en Cristo. Por lo cual el apóstol les dice que “en aquel tiempo estabais sin Cristo”, y sin Él no tenían esperanza ni a Dios. Porque el hombre sin Cristo no tiene posibilidad alguna de acercarse a Dios, ni de conocerle.

Pablo quiere que los creyentes tengan muy claro, y no olviden jamás, la gracia inmensa que el Señor les concedió, cuando estaban sin Cristo, sin esperanza y sin Dios. El apóstol sabía muy bien que los efesios, como los otros pueblos, tenían sus propios dioses y diosas, pero esa idolatría era vivir sin Dios.

Jesús mismo nos dice con total claridad: “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mt. 11:27). Aquí nos tiene que quedar totalmente claro, que nadie puede conocer a Dios, el Padre, por medio de otro profeta o por medio de algún otro que no sea el Hijo, Jesucristo.

Por tanto, todo aquel, que niega a Cristo, no puede conocer ni adorar al Dios vivo y verdadero. Sin Cristo la esperanza en una vida eterna o en un paraíso es simple fantasía religiosa, y sin Cristo nadie puede conocer a Dios, el Santo, que habita la eternidad y en la santidad (Isaías 57:15). Todo otro camino religioso para ir al Padre, que no sea Cristo, es simple quimera religiosa que proviene del príncipe de las tinieblas.

Pero en Cristo Jesús -les dice Pablo a los efesios- “vosotros que estabais lejos de Dios, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo”. Ningún otro medio, ni nuestras buenas obras, ni los sacrificios, ni la ley, ni ninguna religión, nos pueden acercar a Dios, sólo la sangre de Cristo nos trae desde la lejanía de nuestra muerte en delitos y pecados hasta el amor infinito de Dios. Por eso la Palabra de Dios nos advierte: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a Su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10). El Padre envió a Su Hijo a buscarnos para acercarnos a Él y adoptarnos como hijos suyos.

“Porque Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en Sí Mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades” (vs.14-16).

Nuestra paz con Dios está sellada con la sangre de Cristo. La sangre de Cristo es el precio de nuestra reconciliación con Dios, fundamento y causa de nuestra paz. Por eso la Palabra nos dice: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom. 5:1). Sin Cristo el hombre no tiene paz con Dios ni reconciliación, y es una gran aberración pretender buscar esa paz y esa reconciliación por otros medios o caminos. Y no debemos olvidar que, el que rehúsa aceptar a Cristo como nuestra paz y nuestra reconciliación con Dios, no verá la vida, “sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36).

Cristo vino para crear en Sí Mismo un nuevo hombre, ya fuese gentil o judío, “porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree” (Rom. 10:4). Ya que esos mandamientos no obraban la salvación, solo eran ordenanzas, que encuentran su cumplimiento y su fin en Cristo. “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor” (Gálatas 5:6). Ese amor es fruto del Espíritu en el hombre nuevo.

Tampoco nos debemos dejar guiar por nuestra propia imaginación, ya que eso nos llevaría a ignorar la justicia de Dios por la fe en Jesucristo y a establecer la nuestra propia según nuestra propia opinión sobre la letra de la Palabra. Pero la letra mata, mas el espíritu vivifica. Y el Espíritu siempre nos lleva a la cruz de Cristo con Su cuerpo clavado, de donde brota nuestra reconciliación con Dios como víctima santa y sin mancha por nuestros pecados.

Esta buena nueva fue proclamada por Jesús, y por sus discípulos como testigos oculares de la gran misericordia de Dios, a los que estaban cerca, como eran los judíos, y a los que estaban lejos de esas promesas, como era toda la gente que no pertenecía al pueblo de Israel. Dios nos abrió esa puerta a sus promesas y a su gracia por medio de Cristo Jesús. Así “los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre”. Es el Espíritu Santo el que nos regenera, nos renueva y santifica para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo.

“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (vs. 19,20).

Aquí la Palabra nos presenta como conciudadanos y miembros de la familia de Dios, que por gracia el Señor nos ha concedido, al reconciliarnos en la sangre de Su Hijo perdonándonos todos nuestros pecados. En el momento que uno por la fe acepta a Cristo, ya no es un extraño, sino que tiene la misma ciudadanía que los santos del Señor, y además es miembro de la familia de Dios como hijo adoptivo, y por cuanto Dios lo tiene por hijo le da el Espíritu de Su Hijo (Gálatas 4:5). Esta adopción no es fruto de las circunstancias, sino del amor de Dios. Por eso el apóstol Juan exclama: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1).

Todos estos privilegios, toda esta gracia, tiene un único fundamento, el cual es Jesucristo. Los apóstoles y los profetas proclamaron con total unanimidad esto mismo: sólo en Jesús tiene el hombre salvación, y en ningún otro. “Porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). “De este dan testimonio todos los profetas, que todos los que en Él creyeren, recibirán perdón de pecados por Su NOMBRE” (10:43).

Hoy en día, muchos pretenden remover ese fundamento para situarlo en el entorno de sus propias opiniones religiosas o teológicas. Con ello intentan dar cierto barniz de autenticidad a lo que es simplemente otro fundamento inventado por el hombre. Así apartan a los hombres del único NOMBRE, dado a los hombres en que pueden ser salvos.

Seamos sencillos y humildes, pero fieles y firmes en el único fundamento de nuestra salvación: Cristo Jesús. Muchos quieren que compartamos en un ecumenismo de las religiones sus métodos de salvación o de perfección del hombre moderno. Nos presentan otros “nombres” u otras “fórmulas religiosas” que el hombre puede elegir para su relación con ¿dios?. Respondamos con firmeza en amor que “no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”, sólo en el Nombre de Jesús, porque sólo Él ha efectuado “la purificación de nuestros pecados por medio de Sí Mismo” (Hebreos 1:3). Ni por ningún otro medio ni por ninguna otra persona.

“En quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en Espíritu” (vs. 21,22).

Este edificio solo puede ser edificado sobre un único fundamento, el cual es Cristo, para que sea un templo santo válido para el Señor. Si alguien pone otro fundamento, será un templo donde se reúnen los hombres religiosos para alumbrar su propia idolatría, pero nada tendrá que ver con el propósito de Dios “de reunir todas las cosas en Cristo..., así las que están en los cielos como las que están en la tierra” (1:10). Estos tampoco saben que “el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas” (Hechos 17:24).

El arquitecto de toda la creación es el Hijo de Dios, “a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo” (Hebreos 1:2). Él también es el único que ha podido diseñar ese templo santo para morada de Dios en Espíritu. Ninguna mente humana lo podía hacer, aunque no faltaron hombres a través de los siglos, que han imaginado distintos templos para sus “dioses”. Pero el Dios vivo y verdadero “no habita en templos hechos por manos de hombres”, sino en el templo que Jesús levanta sobre Sí Mismo con las piedras vivas que son todos aquellos que por la fe han sido justificados gratuitamente en Su sangre, y son enseñados por el Espíritu en todas las cosas (Juan 14:26), según la Palabra de Dios.

Así tampoco nos sorprenderá la pregunta que el apóstol Pablo hace a la iglesia de Dios que estaba en Corinto: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1 Corintios 3:16).

¡Cuánto sufrimiento, dolor, esclavitud y dinero ha costado levantar esos templos, teatros de las religiones, donde Dios no habita!

Pero Cristo vino para librarnos de todos esos edificadores de templos hechos por manos humanas. “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de la esclavitud” (Gálatas 5:1). Sin olvidar nunca que “el Señor es Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Cor. 3:17), para vivir y caminar conforme a la voluntad de Dios.

El plan de salvación de Dios, se hace realidad en Cristo y se revela en Cristo

CAPÍTULO 3:1-13

“Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles” (v. 1).

Nos puede parecer extraña la manera que tiene Pablo de hablar, ya que él no se considera prisionero del Imperio Romano sino de Cristo; y tampoco está en la cárcel por circunstancias políticas o sociales sino por los gentiles. Es muy importante que en nuestra vida cotidiana tengamos las cosas claras, ya que nada sucede por azar o casualidad, antes bien, debemos saber que nada sucede sin consentimiento de nuestro Padre celestial. Pablo lo sabía muy bien, y por eso no se siente prisionero de nadie ni por causa de nadie. Sólo se reconoce prisionero de Cristo y por la sola causa de anunciar el Evangelio a los gentiles.

Este Evangelio es la gracia de Dios para los gentiles. Pablo dice que: “El Evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (Gálatas 1:12).

Jesús mismo le había dicho a su discípulo Ananías a cerca de Pablo en Damasco: “Instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles” (Hech 9:15).

Cuando Pablo expuso ante Festo y el rey Agripa, cómo el Señor le había llamado, relata en primera persona el diálogo que había tenido con Jesús, y la respuesta que el Señor le dio: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate.... ahora te envío a los gentiles, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de satanás a Dios; para que reciban por la fe que es en Mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hech. 26:15-18).

El apóstol quiere dejar muy claro que ha sido el Señor quien le ha rescatado de su celosa manera de vivir su religión, en la que le perseguía, pensando que hacía un servicio a Dios. Ahora el Señor le va a enviar a los gentiles, para que abra sus ojos, se conviertan de las tinieblas a la luz, de la potestad de satanás a Dios, y por la sola fe en Cristo Jesús sus pecados serán perdonados y recibirán herencia entre los santificados.

“Que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de las promesas en Cristo Jesús por medio del Evangelio” (v.6).

Este es el gran misterio de Cristo que a Pablo le fue declarado por revelación. Este misterio en otras generaciones no se dio a conocer a los hombres, “como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu”. Este misterio es el plan de salvación que Dios ha hecho realidad en Su Hijo Jesucristo, que atañe tanto a judíos como no judíos (gentiles).

Nadie queda excluido de este plan de salvación de Dios: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que TODO AQUEL que en ÉL CREE, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16).

Sólo tu incredulidad te excluye de este plan de la gracia de Dios: “Pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el Nombre del Unigénito Hijo de Dios” (Jn. 3:18).

Tampoco debemos olvidar que los gentiles son coherederos y copartícipes de las promesas, no por sus buenas obras o cualidades, sino por la sangre de Cristo que en Su cruz nos reconcilió con Dios para crear en Sí Mismo un nuevo hombre. Hoy por todas partes aparecen grupos religiosos o seudoreligiosos que pretenden “crear” un nuevo hombre según sus conceptos y normas, para éstos, Cristo es una simple referencia histórica o de marketing para que su producto tenga gancho. Nada pueden ayudar al hombre estos agoreros de la religión o seudoreligión. “Porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hech. 4:12). Todo hombre necesita reconciliarse con Dios, y sólo en la cruz de Cristo está garantizada esta reconciliación. Y solo Cristo en Sí Mismo y por Sí Mismo crea un solo y nuevo hombre, por gracia, por medio de la fe. Porque la creación es obra del Creador, no de las criaturas: “Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra....; todo fue creado por medio de Él y para Él....., y todas las cosas en Él subsisten” (Col.1:16).

¿Qué pretenden, pues, todos esos profetas con sus falsas profecías que contradicen la revelación dada por el Espíritu a sus santos apóstoles y profetas? El apóstol Pablo hace hincapié en que el misterio de Cristo “es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu” (v.5). Este mismo Espíritu es de quien dice Jesús: “Él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta” (Jn. 16:13). Sin embargo estos “profetas” de la modernidad sólo hablan por su propia cuenta, porque de lo contrario nunca contradirían lo que el Espíritu ya ha revelado a los santos apóstoles y profetas, que nos han precedido.

“A mí, que soy el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el Evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo” (v. 8).

Pablo en la exposición del mensaje de salvación pone todo el énfasis en la gracia, en el poder y en las inescrutables riquezas de Cristo, para que brille con total plenitud la gloria de Cristo. Se considera a sí mismo como el más pequeño de todos los santos, incluso llega a decir: “no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios” (1 Cor. 15:9). Se sabe y se siente indigno en sí mismo, pero acepta el don de la gracia de Dios que le ha sido dado según la operación de Su poder (v.7). Pablo había actuado (operado) por sí mismo según los principios religiosos de su pueblo, y eso le había llevado ante la pregunta de Jesús: “¿Por qué me persigues?”. A partir de ahora sólo va a escuchar al Espíritu, para que le enseñe todas las cosas y le recuerde todo lo que Cristo ha dicho (Jn. 14:26). Esta es una actitud a la que de continuo nos invita la Palabra de Dios, para que no añadamos nada de nuestra propia cosecha a la propia Palabra, ni quitemos.

Hay muchos a quienes no les es dada la gracia de anunciar el Evangelio, pero se toman esa libertad por su propia voluntad y poder, anunciando así, un “evangelio” diferente del que Pablo y los apóstoles han anunciado. Lo primero que se buscan, es un nombre

rimbombante que haga alguna referencia al Salvador, para presentarse como los más grandes de todos los “santos”, los más fieles y los más “puros”. Por eso no hablan de lo pecadores que somos, ni de la necesidad de la sangre de Cristo para limpiarnos continuamente de nuestros pecados, ni de la necesidad de orar noche y día para no caer en tentación, ni del amor que sólo el Espíritu derrama en nuestros corazones; y mucho menos que por gracia somos salvos por medio de la fe, y no por sus refinados métodos de oración o de evangelización sazonados con sus normas de perfección.

Pablo se consideraba el más pequeño de todos los santos, y lo que tenía, veía que le había sido dado por gracia: anunciar el Evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo y ser partícipe de esas riquezas. Así se lo dice a su amigo Timoteo: “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Tim. 1:15). Ese, “yo soy el primero”, no es un honor personal, sino el honor y la gloria es para Cristo Jesús que primero mostró su clemencia en Pablo para ejemplo de los gentiles que habían de creer.

“Conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor, en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe” (v.11,12).

El plan de salvación de Dios se hace realidad y se revela en Cristo Jesús. El Mismo es el autor y consumidor de nuestra salvación. Así Dios nos da a conocer el misterio de su voluntad con nosotros: “Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en Él, tenga vida eterna; y Yo le resucitaré en el día postrero” (Jn. 6:40).

Sólo en Cristo tenemos seguridad y acceso al misterio de la voluntad del Padre. Cristo es el centro de todo. En Él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados, la adopción como hijos y toda bendición espiritual en los lugares celestiales. Este es el gran misterio de Cristo que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos (Rom. 16:25). En el Nombre de Cristo nos está permitido acercarnos a Dios como Sus hijos y Sus herederos (Rom. 8:17). Solo por la fe en Cristo puede el hombre tener parte en los beneficios de la salvación.

Pablo pide a los que han sido hechos partícipes de esta salvación tan grande que no desmayen por las tribulaciones, tanto personales como ajenas. Los primeros cristianos cuando padecían afrenta por el Nombre de Cristo se gozaban de haber sido tenidos por dignos de tal honor. Esto concuerda con las palabras de Jesús que dice: “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros mintiendo. Gozaos y alegraos porque vuestro galardón es grande en los cielos” (Mt. 5:11-12). Tal vez la falta de gozo salvífico en los cristianos de hoy radica en que eluden el vituperio de Cristo en aras del hedonismo del mundo actual. Pero no olvidemos que “si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él... y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Jn. 2:15,17).

No hagas de tu incapacidad para comprender, un refugio para tu incredulidad

CAPÍTULO 3:14-21

“Para que os dé, conforme a las riquezas de su gracia, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (vs. 16,17).

Pablo no utiliza solamente sus palabras para exhortar a los creyentes, sino que dobla sus rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo de Quien “desciende toda buena dádiva y todo don perfecto” (Stg. 1:17). El apóstol se siente anonadado ante la obra salvadora de Dios en Su Hijo, de la que él se considera partícipe con todos los que son de la fe de Jesucristo. Y esto no por los méritos de sus buenas obras sino solamente por las riquezas de la gracia de Dios. El Espíritu es quien hace realidad en nosotros la obra salvadora de la gracia de Dios. Por eso nos advierte la Palabra que, “aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día” (2 Cor. 4:16).

Esta renovación y esta fortaleza no proceden de métodos humanos más o menos modernos, sino que el Autor de esta renovación cotidiana es el Espíritu, y también Él hace realidad en nosotros la supereminente grandeza de Su poder por medio de la fe. “Para que habite Cristo por la fe” en nuestros corazones. El que Cristo more en nuestro corazón, significa que Él debe llenar y dominar toda nuestra vida tanto internamente: en el amar, pensar y desear; como externamente: en el hablar, actuar o no actuar.

El mismo Jesús nos dice: “Separados de Mí nada podéis hacer.... El que permanece en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto” (Jn. 15:5).

Mucha gente puede ver estas palabras de Jesús como una buena metáfora. Sin embargo es una realidad esencial de nuestra existencia. Porque si no tienes a Cristo no tienes la Vida. Y sólo por medio de la fe Cristo habita en nuestro corazón.

“Seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda plenitud de Dios” (v.18,19).

Pablo predica el amor de Dios en toda su grandeza. Es una bella realidad que le ataña a él y a toda la iglesia, de la que nadie le puede separar. Así podemos leer: “Ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom. 8:39).

El amor de Dios es ese amor, que es “en Cristo Jesús Señor nuestro”. Un amor distinto a este no lo conoce Pablo. El amor de Dios es un don de Dios, que se hace patente en el sacrificio de Su Hijo (Rom. 8:32). Dios nos ama de tal manera que no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. 8:32). El amor de Dios está ligado íntimamente a Su plan de salvación. Nada ni nadie puede romper este plan de salvación. Por eso la salvación está plenamente garantizada.

Este amor es incomprensible para nosotros, porque Dios nos ama siendo pecadores, has-

ta tal punto que Cristo murió por nosotros (Rom. 5:8). Como pecadores nos encontramos ante un actuar de Dios que nos sobrepasa. Pero es un hecho real que tiene su realización en Jesucristo. Como podemos ver en los textos que venimos citando, Dios ama a los impíos y a sus enemigos. Pero en el sacrificio reconciliador de Su Hijo hace del enemigo un hijo de Dios. El busca la salvación del pecador para librarle de la muerte eterna y de la esclavitud del poder de las tinieblas. Y Jesucristo es el precio de todo esto.

Así podemos comprender que el Evangelio según Juan hace hincapié en que nadie puede participar del amor del Padre, si no es por medio de Cristo. Sólo el que ve a Jesús, ve al Padre; y nadie viene al Padre sino por Cristo (Jn. 14:9,6). En Jesús el amor de Dios ha llegado al mundo (Jn. 3:16). En el Verbo hecho carne con su crucifixión y resurrección se concretiza y se hace realidad ese AMOR.

El amor que se da entre los cristianos, “el ágape”, tiene su origen en Dios. No procede del hombre sino que es derramado en sus corazones: “Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Rom. 5:5), y también es un fruto del Espíritu (Gal. 5:22).

La vivencia en este amor es la plenitud de Dios a la que nos invita Su Palabra: “Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1 Jn. 4:7,8).

“Y Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros” (v.20).

Jesús nos dice que el Padre sabe de que cosas tenemos necesidad y que el Espíritu nos guiará a toda la verdad. Lo que para nosotros es inmenso e incomprensible para Él no lo es. Y a veces nos quedamos anclados en nuestra incapacidad de comprender, como un refugio para nuestra incredulidad. Tenemos que poner los ojos en Aquel que es el autor y consumidor de la fe (Hebr. 12:2), porque a Él le ha sido dada potestad sobre toda carne para que nos dé vida eterna (Jn. 17:2). Todo esto excede nuestra capacidad de entender e incluso de pedir, “pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros porque conforme a la voluntad de Dios intercede por nosotros” (Rom. 8:26,27). Si no sabemos escuchar al Espíritu y reconocer Su poder que actúa en nosotros, nos volvemos simples personas religiosas que solo pedimos y entendemos lo que nos propone nuestro grupo religioso.

Pero el poder que actúa en el creyente no nace de ningún grupo religioso, ese poder es el poder de Dios, el mismo que actuó en Cristo “resucitándole de los muertos y sentándole en los lugares celestiales ... y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (1:19s).

Tenemos la natural inclinación de apoyarnos en nuestra propia capacidad de entender o de pedir, y olvidarnos de Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas por encima de nuestras propias peticiones o capacidad de entender.

Dejemos que el Espíritu nos guíe a toda la verdad y nos dé a conocer el amor de Cristo en comunión con todos los que son de la fe de Jesucristo.

“A Él sea la gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén”.

La iglesia de Cristo es un solo cuerpo, y el alma de ese cuerpo es el Espíritu

CAPÍTULO 4:1-15

“Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor” (v.1,2).

La carta de presentación que hace Pablo de sí mismo tiene en este momento una sola seña de identidad: “Prisionero de Cristo Jesús ... y preso en el Señor”. Su prisión no estaba motivada por su conducta delictiva, sino, todo lo contrario, por ser fiel al llamamiento del Señor para sacar a los gentiles de sus delitos y pecados, o lo que es lo mismo, para que se convirtieran de las tinieblas a la luz, y alcanzasen por la fe que es en Cristo el perdón de todos sus pecados; y rotas, así, las cadenas de satanás pudiesen vivir en la libertad de los hijos de Dios. Pero esa libertad ha de estar siempre perfumada por el amor, ya que “el amor no hace nada indebido, ni busca lo suyo” (1 Cor.13:5). En tal situación no cabe otra actitud que andar en humildad y mansedumbre. Pero esta no es una actitud de la carne, ni se consigue con ejercicios de penitencia corporal, sino que es una actitud del espíritu del hombre nuevo; este es el hombre nacido de nuevo por la fe en Cristo, y que el Espíritu le enseña y le forma a imagen de Jesús, que dice: “Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt. 11:29). Él lo demuestra en una total y permanente obediencia a la voluntad del Padre, aunque esa obediencia llevase consigo la muerte de cruz. Así podemos comprenderle cuando dice: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra... Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Jn. 4:34; 6:38). En esa total obediencia a la voluntad del Padre se asienta Su mansedumbre y humildad como expresión de Su amor infinito al Padre, y a los pecadores.

Pero nosotros los hombres, sin Cristo, sólo podemos manifestar nuestra soberbia y orgullo fruto de un corazón egoísta lleno de odio, y carente de amor verdadero. Porque el amor nunca es un fruto de la carne sino del Espíritu. Por eso se nos dice: “Que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Rom. 5:5). Y sólo por la fe en Cristo Jesús somos hijos de Dios: “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: Abba, Padre” (Gal. 4:6). El corazón de todo hombre, que no es morada del Espíritu por la fe en Cristo Jesús, tampoco puede amar con el amor de Dios en humildad y mansedumbre.

“Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz: un cuerpo, y un espíritu... un Señor, una fe, un bautismo... un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos” (vs. 3-6).

La unidad del Espíritu: esto quiere decir que la unidad de los cristianos no se basa en la uniformidad de la manera de pensar, ni en la manera de hacer el culto, ni en sus formas de alabanza, ni en sus formas de vestir, sino en ser un corazón y un alma en Cristo. Esta unidad del corazón en humildad y mansedumbre se le puede llamar la unidad del Espíritu, ya que Él obra esa unidad.

Pero la historia nos enseña que a través de los siglos, los llamados “cristianos” han puesto más énfasis en la uniformidad en el pensar, en su manera de hacer el culto, en sus formas de alabanza, que ser un corazón y un alma en Cristo. Cada maestro religioso ha puesto su marca personal, y esas marcas de hombre han causado profundas e incomprensibles divisiones entre los “cristianos”. Y así se prescinde de la unidad del Espíritu, y aparecen las divisiones con sus denominaciones.

Pero la iglesia de Cristo es un solo cuerpo, y el alma de ese cuerpo es el Espíritu. Y también tiene un solo Señor, Jesús, Quien por la fe nos bautiza en su muerte para perdón de pecados y herencia entre los santificados. Y un único Dios y Padre de todos los que reciben y creen en Jesucristo... “los cuales no son engendrados de sangre..., ni voluntad de varón sino de Dios” (Jn. 1:12-13). Es Padre sobre todos, a favor de todos y en todos. Como leemos: “En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (2:22). En nuestra propia cultura con frecuencia, para reclamar una igualdad de derechos, se suele decir: “Todos somos hijos de Dios”. Pero esa es una interpretación de la religión del hombre, ya que la Palabra de Dios nos dice que todos, sí, somos criaturas de Dios porque Dios es nuestro Creador, pero Dios sólo le da potestad de ser hijos adoptivos Suyos a los que reciben (creen) en Jesucristo como su único y perfecto Salvador.

¿En qué conocemos que permanecemos en Dios y Dios en nosotros? Su Palabra nos responde: “En que nos ha dado Su Espíritu. Y todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios” (1 Juan 4:13,15).

La iglesia de Jesucristo es un cuerpo con un Espíritu, un Señor y un Dios y Padre. No tiene sentido alguno, pues, que en esa iglesia pueda existir la más mínima división. Las divisiones sólo se pueden dar cuando los hombres religiosos siguen los dictados de sus propios espíritus (mentes) y se hacen los señores de la fe de los otros para llevarlos a su “Dios”. Ellos mismos se sitúan sobre todos, quieren ser los mediadores ante “Dios” por todos y su autoridad la hacen sentir en todos. En una palabra, quieren ocupar el lugar del Espíritu, del Señor y de “Dios”. Esto, en muchos oídos, puede sonar escandaloso, pero aún es más escandalosa la división, que causan esos propagandistas de sus propios principios religiosos. El apóstol Pedro no es menos contundente al referirse a los que hacen que el camino de la verdad sea blasfemado: “Estos son fuentes sin agua, y nubes empujadas por la tormenta; para los cuales la más densa oscuridad está reservada para siempre. Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error. Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción” (2 Pedro 2:17-20).

¿Qué gracia pueden suministrar todos esos a sus congregaciones?

“Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo” (v.7).

La gracia nos es dada, no por nuestras buenas obras o por nuestros buenos principios doctrinales. Nada de nosotros es una medida para recibir la gracia. Esa medida infinita y gratuita es Cristo Mismo. Porque “la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo... y de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Jn. 1:16-17).

El Espíritu es el que reparte los dones de la gracia a cada uno como el quiere, no como el hombre quiere. En Su iglesia el Señor pone personas con diversidad de funciones, “pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo” (1 Cor. 1:4-7). Y tampoco debemos olvidar que “Él Mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros profetas, a otros evangelistas, a otros, pastores y maestros”. Pero con una sola finalidad: “para la edificación del cuerpo de Cristo”, nunca para división o confusión. Estos hombres están puestos para luchar por la unidad de la fe en Cristo y que los llamados conozcan de verdad al Hijo de Dios, y crezcan en ese conocimiento para que se pueda decir: “Cristo es el todo, y en todos” (Col. 3:11).

“Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagemas de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en Aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (vs.14,15).

Si echamos una simple mirada a la historia del “cristianismo” vemos que ha sido zarandeado a través de los siglos por todo viento de doctrina. Siempre hubo hombres dispuestos a propagar con astucia sus propios errores, que han causado grave daño a los que han sido engañados.

Para no sucumbir ante estas estrategias del engaño es imprescindible: seguir la verdad en amor y crecer en todo en Aquel que es la cabeza, Cristo. Porque hay muchos que tratan por todos los medios proponer y defender la verdad según la Palabra de Dios, pero siguiendo sus propios razonamientos y sentimientos sin amor. Y defender la verdad sin amor es como caminar por un túnel sin luz, no sabes contra quien chocas (a quien haces daño) o quien choca contra ti (quien te hace daño a ti). Esa manera de proponer la verdad ni une ni edifica, antes al contrario divide y destruye. Esa “verdad” sin amor no es la Verdad de Dios: “Porque Dios es amor” (1 Jn. 4:8).

¿Cómo vas a crecer, como parte de un cuerpo, si no estás unido en todo y para todo a la cabeza? Probablemente nuestra respuesta sea decir: eso es imposible. Sin embargo, cuando hablamos de ese cuerpo, que es la iglesia, ¡cuántos viven sin estar unidos en todo y para todo a la única cabeza que es Cristo! O lo que es mucho peor, tener como cabeza de la iglesia a otro que no es Cristo, aunque se llame vicario de Cristo.

Cristo es el único que nos ha purificado y purifica de todos nuestros pecados por medio de Sí Mismo, y también sustenta todas las cosas con la Palabra de Su poder (Hebr. 1:3).

Él también es la cabeza viviente de Su cuerpo que es la iglesia, la purifica por medio de Sí Mismo y la sustenta en todo con la Palabra de Su poder. Ningún otro puede tener esta función, porque, sólo a Él, Dios mismo “lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (Ef. 1:22).

“De quien todo el cuerpo.... según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (v.16).

Todos debemos crecer en todo en Cristo como cabeza de Su iglesia. Y toda la iglesia como cuerpo recibe su crecimiento de Cristo “según la actividad propia de cada miembro”. Es significativo que se nos diga que cada miembro tiene su actividad propia para

edificación del cuerpo. Así, pues, ningún miembro (aunque se llame sacerdote o líder) puede arrogarse la actividad de los otros miembros, ni excluir a los demás de la propia actividad que les corresponde como miembros de ese cuerpo. Por eso es necesario que todos los miembros estén unidos a la Cabeza (Cristo) por medio de una fe sincera y viva para que la iglesia “crezca con el crecimiento que da Dios” (Col. 2:19). Para que sea una iglesia santa y sin mancha en el amor con que Cristo ama a la iglesia. Por eso se entregó a Sí Mismo por ella y llevó Él Mismo los pecados de cada miembro en Su propio cuerpo sobre el madero para que todos y cada uno en particular vivamos en la justicia y la santidad de Cristo en amor (1 Pedro 2:24).

Despójate del viejo hombre, y vístete del nuevo creado según Dios

CAPÍTULO 4:17-32

“Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos a la vida de Dios, por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (v.17,18).

El apóstol Pablo lo que dice lo vive en el Señor, y el requerimiento que hace a los gentiles, que ahora son creyentes en Cristo, es también en el Señor. Pablo no utiliza los razonamientos humanos para presentar el Evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, de las que los gentiles son coherederos y copartícipes por gracia mediante la fe de Jesucristo. No tiene sentido, pues, vivir como las otras gentes que no han aceptado todas las bendiciones espirituales, con las cuales el Padre de nuestro Señor Jesucristo nos bendijo en Cristo, y también nos escogió en Él y adoptó como hijos suyos, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él.

La mente del hombre natural está llena de vanidades. Así anduvimos en otro tiempo todos nosotros siguiendo la corriente de este mundo, viviendo en los deseos de la carne y en la vanidad de nuestra mente, sin esperanza y sin Dios. Hasta que Dios en Su infinita misericordia nos sacó de esa muerte a la vida en Su Amado Hijo. Y en Él nos justificó y santificó. Porque Su vida es justicia, santidad y verdad. Justificados de Dios por medio de la fe en Jesucristo, santificados en el Espíritu y anclados en la Verdad de Su Palabra.

Pero el hombre natural no percibe las cosas que son de la vida de Dios, su entendimiento entenebrecido por la dureza de su corazón no le permite ver más que su propia vanidad y los deseos de su malvado corazón. Se creen sabios en su propia opinión y la única fuente de información es su mente entenebrecida. Esa sabiduría es necedad para Dios, porque no está alumbrada por la Luz de la Vida. Jesús dice: “Yo soy la Luz del mundo, el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la Vida” (Juan 8:12). Pero el que no le sigue anda en tinieblas, y no tiene Luz, ni tiene Vida. Por eso todos aquellos que no creen en Cristo según las Escrituras están “ajenos de la vida de Dios”.

Hoy en día, la manera imperante de vivir es el libertinaje carente de la más mínima sensibilidad. Esto no tiene nada que ver con “la vida de Dios” ni con “la libertad con que Cristo nos hizo libres”. La vida de Dios y la libertad de Cristo sólo la puede vivir el hombre que ha recibido el Espíritu de Dios por la fe en Jesucristo. Todo esto, el hombre natural, no lo puede entender, antes bien, le parece un absurdo, porque no tiene capacidad de discernir espiritualmente el poder de la vida de Dios en el hombre nacido de nuevo. En este hombre, nacido de nuevo por la fe en el Señor Jesús, mora el Espíritu de Dios. Tal es la grandeza de la obra de Dios en los creyentes que Su Palabra nos afirma: “Vosotros sois el templo de Dios viviente” (2 Cor. 6:16). En ese templo se adora, se alaba y se glorifica al Dios viviente, porque “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24). Qué lejos queda

esta manera de vivir en Cristo, del vivir en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad del hombre natural, siguiendo la vanidad de la mente.

El Espíritu nos enseña y da testimonio de lo que Cristo ha hecho y hace por nosotros y para nosotros “conforme a la verdad que está en Jesús” (v.21).

“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (vs. 22-24).

Nada hay en nuestra pasada manera de vivir, sin Dios y sin Cristo, que podamos guardar como adorno en el templo de Dios que es nuestro cuerpo, antes bien, se nos pide que nos despojemos de todo lo del viejo hombre, porque está lleno de deseos engañosos. Incluso, cuando ese viejo hombre nos quiere ofrecer sus mejores deseos para honrar a Dios. Así comienza el camino de la idolatría, ya que el viejo hombre quiere dar satisfacción religiosa a sus deseos engañosos. Solo tenemos que echar una mirada a la historia del cristianismo, para ver, hasta que punto, ese viejo hombre haciéndose religioso cambió la Palabra de Dios por sus propios dogmas y tradiciones idolátricas. Uno de los momentos donde se ve con más claridad ese vicio idolátrico, es en el tiempo que aparece la Reforma en el siglo dieciséis. Allí vemos como ese viejo hombre religioso había despojado la Palabra de Dios de su genuino mensaje salvífico, e implantado sus engañosos deseos religiosos de alcanzar la salvación por sus propios métodos religiosos en el ejercicio de la más variada idolatría física y mental.

Pero el Señor, una vez más, desenmascaró ese viejo hombre religioso, sacando a la luz el Evangelio de la pura gracia de Jesucristo, que estaba secuestrado por el poder clerical del papado. Amanece, entonces, una renovación en la vida de la iglesia y de la cristiandad. Muchos se despojaron del viejo hombre religioso y aceptaron la invitación a renovarse en el espíritu de sus mentes, aunque muchos lo tuvieron que pagar con su propia vida, por el celo religioso de la Inquisición papal.

Pero esos hombres y mujeres vestidos del nuevo hombre, creado “según Dios en la justicia y santidad de la verdad”, soportaron con esperanza los insultos, vejaciones y la muerte en la hoguera puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe.

Despojarse del viejo hombre y vestirse del nuevo es un ejercicio de fe sincera en la obra de Cristo. Es necesario despojarse del viejo hombre y vestirse del nuevo. Si tu tienes puesto un traje o un vestido viejo no puedes vestirte uno nuevo, sin que te despojes antes del viejo para vestir el nuevo. Harías el ridículo más inexplicable, si sobre tu viejo traje o vestido te vistieses el nuevo. Es algo que en tu sano juicio no se te pasa por la cabeza. Pues más ridículo es, querer vestirte del nuevo hombre sin despojarte del viejo hombre. Porque, al fin y al cabo, un traje sea viejo o sea nuevo es obra de un hombre (sastre), pero el nuevo hombre es “creado según Dios en justicia y santidad de la verdad”. El hombre sastre religioso no tiene ni tela ni hilo para crear esta obra del hombre nuevo. Porque el hombre nuevo es “hechura de Dios, creado en Cristo Jesús para buenas obras” (2:10).

El gran valor, que aportó la Reforma, fue el desechar toda esa tela e hilo del hombre sastre religioso, para proclamar que el hombre nuevo es hechura de Dios en Cristo. Y

la tela que viste ese hombre nuevo es la justicia de Dios por la fe en Cristo, y el que ajusta con sus hilos ese vestido a cada hombre nuevo es la santificación del Espíritu Santo.

Es necesario estar y vivir atentos para no dejarnos seducir por la astucia engañosa del “viejo hombre” que a veces se disfraza del “nuevo hombre”, presentándonos sus nuevos métodos de santificación y justificación para el hombre moderno. Puede ser que el resultado de sus métodos sea un hombre moderno, pero jamás será “el nuevo hombre creado según Dios”.

De una vez por todas dejemos de hacer religión según el viejo hombre, y vivamos la vida de Dios “porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras”.

Otros quieren crear ese hombre nuevo con las obras que ellos mismos hacen para llegar a Dios. Estos olvidan que es Dios quien viene hasta nosotros en Cristo para crear ese nuevo hombre en nosotros, “para alabanza de la gloria de Su gracia”, por medio de la fe en Jesucristo y la santificación del Espíritu.

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (v.30).

En el nuevo hombre, creado según Dios por la fe en Cristo, mora el Espíritu. Esto es algo que no debemos olvidar en ningún momento de nuestra existencia. Porque siendo ciertos de que el Espíritu mora en nosotros, nuestra actitud al actuar será totalmente distinta. No permitiremos que de nuestros labios salga mentira, ya que el que mora en nosotros es el Espíritu de Verdad. Ni la ira tendrá rienda suelta en nuestro corazón, por la paciencia y la mansedumbre en el amor son frutos del Espíritu, y la ira es obra de la carne. Por eso el apóstol Santiago recomienda: “Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, y tardo para airarse” (Stg.1:19). Así no saldrá de nuestra boca ninguna palabra corrompida, sino la que sea buena para edificación (v.29). Es muy importante que no nos acostumbremos a parlotear con la memoria del viejo hombre, sino seamos prudentes y busquemos con nuestras palabras la edificación en espíritu de los demás, y si no existe posibilidad de edificación, es mejor callar, porque así no contristaremos al Espíritu que mora y está en nosotros.

A veces hay una tristeza en el creyente que no le encuentra explicación, pues las circunstancias en las que se mueve son de bienestar, y sin embargo hay tristeza en su corazón. La causa, como creyente, la puedes buscar en la triste soledad en la que has dejado al Espíritu. Por eso aparece en tu rostro la amargura, el enojo o la ira, y de tu boca brotan palabras que no edifican, y hasta eres capaz de mentir a los miembros del mismo cuerpo de Cristo. Renuévate en el espíritu de tu mente con el poder del Espíritu que está en ti y vive, momento a momento, la vida de Dios en Cristo. Así gustarás continuamente la benignidad, la misericordia y el perdón de Dios.

“Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (v.32).

La vivencia de nuestra benignidad, misericordia y perdón hacia los demás mana del perdón de Dios en Cristo. Nunca perdonarás al otro sus ofensas, si antes no has reco-

nocido, con total humildad y certeza, que Dios te ha perdonado a ti en Cristo todos tus pecados y penas por los pecados. Cuando tú vives consciente de esta gracia inmensa de Dios hacia ti, el perdonar al otro lo sientes como una bendición de Dios sobre ti, que te certifica que Él te ha perdonado todo a ti.

Cuando Simón Pedro le pregunta al Señor Jesús, “¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete veces? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete” (Mateo 18:21,22). Ya a Pedro le parecían mucho perdonar siete veces, cuánto más setenta veces siete. Esto para el hombre es imposible, por eso es necesario vivir personalmente el perdón de Dios, para perdonar “como Dios nos ha perdonado a nosotros en Cristo”.

Sin la Luz del Sol de justicia, Cristo, ni hay vida espiritual ni frutos del Espíritu en el corazón del hombre

CAPÍTULO 5:1-20

“Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a Sí Mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (v.1,2).

“Hijos amados de Dios”, este es el título más grande que uno puede desear sin jamás merecer. Pero en los que son de la fe de Jesucristo, no solo es un deseo sino una hermosa realidad según “el puro afecto de la voluntad de Dios”, ya que por medio de Jesucristo nos adoptó por hijos suyos. Y como tales debemos ser “imitadores de Dios”. ¿Y cómo imitar a Dios? En primer lugar perdonándonos unos a otros como Dios nos perdonó a todos en Cristo, y también amándonos como Cristo nos amó. Amar significa entrega como Cristo se entregó a Sí Mismo por nosotros para que fuésemos “santos y sin mancha delante de Él”. Cristo Mismo se ofreció como sacrificio vivo a Dios por nuestros pecados, para justificarnos y santificarnos en Su amor infinito. El amor de Cristo no busca lo suyo ni nunca deja de ser, porque “el amor es de Dios” (1 Juan 3:7). Por eso la esencia del amor es que Dios nos amó a nosotros, y “envió a Su Hijo en propiciación por nuestros pecados”, y para que vivamos por medio de Cristo (1 Juan 3:10). Esta también es la única manera de que nosotros amemos a Dios con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma, si vivimos por medio de Cristo y en Cristo, vestidos con Su justicia, y santificados con Su sangre derramada en la cruz una vez para siempre. Y todo hombre debe saber que este Jesús tiene poder sobre toda carne para salvar perpetuamente a los que por medio de la fe en Él se acercan a Dios. Porque Él voluntariamente, como el Amado del Padre, se ofreció a Sí Mismo sin mancha por todos nosotros (Hebreos 7:25).

Este es el gran monumento viviente del amor de Dios hacia todos los hombres. Sin embargo los hombres pasan de largo delante de este testimonio del amor de Dios, para detenerse a contemplar sus propias obras religiosas e idolátricas.

Por eso los hombres se ven cada vez más entregados a la inmundicia de sus corazones como signo de la revelación de la ira de Dios sobre ellos. Porque desprecian el amor y la verdad de Dios y abrazan sin escrúpulos la mentira de sus amoríos, honrando a las criaturas antes que al Creador. Esta es la causa de que Dios los entregue a “pasiones vergonzosas” contra natura: mujeres con mujeres y hombres con hombres (Romanos 1:18-31). Hoy vemos, que los hombres profesando ser muy sabios y civilizados, elevan estas “pasiones vergonzosas” a la categoría de ley cívica. Por mucho que quieran ignorar el juicio de Dios, “que los que practican tales cosas son dignos de muerte (eterna), no solo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican”. “Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 Pedro 3:10).

No perdamos el tiempo en críticas a una sociedad corrompida e injusta, antes bien, vivamos en Cristo sin mancharnos con estas cosas, esperando, según las promesas de

Dios cielos nuevos y tierra nueva “en los cuales mora la justicia”.

Sin olvidar la advertencia del apóstol Pablo que “ningún fornicario, o inmundo, o avaro que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios” (v.5). Esto está claro en toda la Escritura, porque la corrupción no puede heredar la incorrupción, ni en la nueva Jerusalén “entrará ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira” (Ap. 21:27). Para estas gentes está reservado otro lugar que describe este mismo capítulo de Apocalipsis con total nitidez: “Los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda”.

El mundo vive de espaldas a esta realidad inminente, pues el “modus vivendi” de la inmensa mayoría de los ciudadanos está incluidos en esta lista de clasificación. Y para comprobarlo solo tenemos que encender la TV o hojear los Diarios.

Pero, cuidado, que los primeros en la lista son los “cobardes e incrédulos”, y dentro de esta categoría podemos estar tú y yo, si no vivimos en el poder del Espíritu y andamos en plena certidumbre de fe en Cristo Jesús. Porque el Espíritu que Dios nos ha dado, no es un espíritu de cobardía, “sino de poder, de amor y de dominio propio” (Tim. 1:7). Estas palabras de ánimo se las decía Pablo al joven Timoteo, y en estos tiempos también son muy necesarias para nosotros tanto jóvenes como viejos, para no encontrarnos encabezando la lista al lago de fuego como cobardes o incrédulos.

El grito que nos llega desde la Palabra de Dios es: Esforzaos y sed valientes, “porque el que venciere heredará todas las cosas, y Yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Ap. 21:7).

“No seáis, pues, partícipes con ellos. Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz... comprobando lo que es agradable al Señor” (v.7-10).

“Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él. Si decimos que tenemos comunión con Él, y andamos en tinieblas, mentimos” (1 Juan 1:5,6).

Si Dios es luz y nosotros en otro tiempo éramos tinieblas, como dice Pablo, es porque estábamos sin Dios en el mundo, y por eso estábamos muertos en delitos y pecados. Todos comprendemos fácilmente que sin la luz del sol no hay vida ni frutos en las plantas, así también sin la Luz del Sol de justicia que es Cristo tampoco hay vida espiritual en el hombre ni frutos del Espíritu en el corazón del hombre. Sólo, cuando la Luz del mundo que es Cristo, alumbrá nuestros corazones por medio de la fe, tenemos vida eterna. Él ilumina nuestras tinieblas, limpiándonos con Su sangre de todos nuestros pecados, vistiéndonos con Su justicia y santificándonos en Espíritu, para que vivamos y andemos en comunión con Él.

Uno tiene que ser consciente de lo que significa ser hijo de luz, para vivir como tal sin cobardía ni incredulidad. Esta luz emana de la misma fuente de la Luz y de la Vida, que es Cristo. Si nosotros decimos que tenemos comunión con Cristo y nuestro caminar por esta vida es en tinieblas, (es decir, en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos) entonces mentimos, y con nuestra propia vida decimos que Cristo es mentira. Y en vez de ser nuestra vida un testimonio de verdad y de luz para el mundo somos un testimonio de confusión y de mentira religiosa. Porque todo el que dice tener comunión con Dios, que es Luz, y él anda en tinieblas,

es un mentiroso. Vosotros sabéis que es físicamente imposible estar a plena luz del sol y andar en tinieblas, a no ser que uno sea ciego. Así tampoco puedes decir que crees en Cristo, y que le aceptas como tu único y perfecto Salvador, y sin embargo andas en tinieblas, caminando según los deseos de tu carne.

Tal vez sea necesario que escuches de alguien un fuerte grito que te diga: “Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo” (v.14). Deja ya tu sueño religioso de apariencia de vida; sal de entre esos muertos de tradiciones idolátricas con apariencia de piedad; cree de verdad en el Señor Jesús y te alumbrará Cristo.

Cristo es el testigo Fiel y Verdadero, y te dice: “Yo soy la Luz del mundo, el que me sigue, no andará en tinieblas” (Juan 8:12). Ahora bien, tú dices que sigues a Cristo, y sin embargo andas en tinieblas. Entonces, perdona que te diga, tú no sigues a Cristo el Hijo de Dios viviente, el que efectuó la purificación de todos nuestros pecados por medio de Sí Mismo, y ahora está a la diestra de la Majestad en las alturas (Hebreos 1:3).

“Mirad, pues, con diligencia cómo andáis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos” (v.15,16).

Es necesario mirar como andamos para no dormirnos en nuestros propios sueños religiosos, y pensar que vivimos, y no vivimos, porque eso sería el colmo de la necedad. Nunca debe ser nuestra propia opinión la que nos dé la calificación de cómo andamos, sino que debemos buscar la sabiduría del Espíritu para que testifique en nosotros con sus frutos de amor, gozo, paz etc., que somos luz en Cristo. Si nuestra sabiduría no procede del Espíritu, sino de nosotros mismos, entonces debemos escuchar al apóstol Santiago que nos advierte de todos los matices de esa sabiduría humana: “terrenal, animal, diabólica” (Stgo. 3:15). Tú a lo mejor, cuando escuchas estas palabras del apóstol, te jactas en tu corazón porque piensas que eso no va contigo. Pero, sin embargo, tu corazón está lleno de celos amargos, de espíritu de intriga, de críticas tendenciosas, de incertidumbres e hipocresía. Así tu sabiduría no procede de lo alto, por que entonces sería pacífica, amable, benigna, llena de buenos frutos, los del Espíritu, no las obras de la carne.

Pablo advertía a los creyentes de entonces que los días eran malos, por eso era necesario aprovechar bien el tiempo, y saber cuál es la voluntad del Señor en cada momento del día. Aunque los días sean malos, el Señor es bueno y su voluntad con nosotros es que “habite Cristo por la fe en nuestros corazones”.

También el Señor nos lo advierte con estas palabras: “Muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos, y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará” (Mateo 24:11,12). Muchos serán engañados por los falsos profetas. La gente tiene ansia de escuchar cosas nuevas que esos falsos profetas les anuncian por todas partes. En cualquier lugar se presenta un nuevo vidente que cautiva la atención de la gente, dispuesta a prestarle toda su credibilidad. No importa que sean apariciones de lo más pintoresco o teorías de lo más disparatado. Lo importante es que se sienten protagonistas en su ego religioso. Y también vemos que la maldad se ha multiplicado hasta límites inimaginables. Pero la Palabra profética del Señor ya nos lo había advertido. Por eso, en vez de enfriarnos en el amor, debemos aceptar el consejo del Señor Jesús, que dice: “Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lucas 21:28).

El amor es un fruto que solo madura en el huerto del Espíritu

CAPÍTULO 5:21-33; 6:1-9

“Someteos unos a otros en el temor de Dios. Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y Él es su Salvador” (v.21-23).

En la situación actual, en la que nos ha tocado vivir, la frase que encabeza este escrito es totalmente inaceptable para la sociedad, aunque la gran mayoría de ciudadanos admita sus raíces cristianas, ya sean éstas católicas o protestantes. Es un gran error identificar vida cristiana con cultura religiosa. La vida cristiana sólo emana de la única fuente de vida que es Cristo. La cultura religiosa es una cisterna que se va llenando con la lluvia de doctrinas y normas de los hombres religiosos, barnizada en la mayor parte de los casos con textos y pensamientos sacados del contexto bíblico.

El apóstol Pablo no trata de analizar la cultura religiosa de su tiempo, ni tampoco lo debemos hacer nosotros hoy, él habla para cristianos de vida en Cristo. Y sólo así podremos comprender su manera de hablar de la mutua relación entre el marido y la esposa; entre padres e hijos; entre siervos y amos (obreros y patronos).

A veces se oye con reiteración en círculos “cristianos”, que la mujer debe estar sujeta al marido, pero eluden, casi siempre, añadir: “¿como al Señor!”. Y al dejar de lado al Señor, entonces unos se pasan al campo de las feministas y otros al de los machistas. Pero esto nada tiene que ver con la vida de pareja en Cristo, porque ambos se ven en el Señor. Uno como esposo y otra como esposa. Uno como el amado y otra como la amada, porque los dos son uno en Cristo. Recuerda lo que está escrito: “... de Cristo estáis revestidos... ya no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo” (Gálatas 3:28).

No queramos actualizar, lo que nos dice la Palabra de Dios, con las modas y las costumbres de nuestro tiempo, aunque nos las vendan como pregoneras de progreso, igualdad y libertad. Ya que en lo más íntimo de su misma esencia se asienta una profunda rebelión contra el plan del Hacedor. Sin olvidar que los designios de mi propia carne, como la tuya, ni quieren ni pueden sujetarse a la voluntad de Dios (Romanos 8:7). Por eso, lo que dice la Palabra de Dios, es para todos los que “no viven según la carne, sino según el Espíritu”. ¿Para qué, pues, perder el tiempo en definiciones sobre lo que ha de ser una mujer moderna, independiente y dueña de sus decisiones? Los cristianos nunca debemos apoyar nuestros argumentos con palabras de humana sabiduría (1 Cor. 2:13,14), “sino con las que enseña el Espíritu”. Y teniendo muy en cuenta que “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios”. ¿¿Cómo va a entender el hombre natural algo de la vida de un esposo y una esposa en Cristo!? Sería absurdo, pues, permitir al hombre y a la mujer de nuestro tiempo que nos definan las pautas de convivencia en nuestro matrimonio de creyentes.

Dios en el principio hizo a la mujer como una “ayuda idónea” para el hombre. Hoy hay muchos hombres que dicen que la ayuda idónea para ellos son otros hombres.

Y hay muchas mujeres que ya no quieren ser la ayuda idónea para el hombre sino para la mujer. ¿Cómo se puede pervertir tan frontalmente el orden establecido por Dios? Porque estos hombres y estas mujeres “no tienen en cuenta a Dios, y por eso Dios los entrega a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen” (Romanos 1:28). El apóstol sitúa al marido y a la esposa en la misma comparación de Cristo y la iglesia. Cristo es la cabeza de la iglesia, la cual es Su cuerpo. Lo que esto representa, es la unidad salvadora que hay entre Cristo y Su iglesia. Y también, la que hay entre el esposo y la esposa, dentro del orden establecido por Dios en Cristo. Vemos que dentro del plan establecido por Dios para nuestra salvación, el que la iglesia esté sujeta a Cristo no es una esclavitud ni una tiranía, sino una gozosa necesidad en libertad. Y cuando el hombre y la mujer respetan el orden establecido por Dios en sus propias vidas, también son partícipes de una gozosa felicidad y libertad en Cristo.

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a Sí Mismo por ella” (v.25).

Esta es la ley fundamental del matrimonio: ¡amad a vuestras mujeres! Porque “el amor no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor... todo lo sufre... todo lo soporta. El amor nunca deja de ser” (1 Cor. 13:4-8). Pero, para el hombre y la mujer naturales eso es algo imposible: solo los que han recibido el Espíritu por la fe en Cristo, también les ha sido derramado en sus corazones el amor de Dios. Por eso pueden amar y amarse, sin pedir nada a cambio. Así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella. Porque Jesús se despojó a Sí Mismo, tomó forma de siervo y se hizo obediente hasta la muerte de cruz (Fil. 2:7), para pagar por todos nuestros pecados y vestirnos con Su propia justicia en santificación del Espíritu. Este mismo amor es el que Dios pide al marido creyente hacia su esposa. Y si no tiene ese amor, es que a ese marido aún no le ha amanecido la Luz de Cristo.

El Señor Jesús en Su Palabra siempre hace referencia a los frutos, para distinguir el árbol bueno del malo: por sus frutos los conoceréis. No se trata, pues, de apariencias o de actitudes más o menos “civilizadas”, ni incluso de formas religiosas disciplinadas por las normas morales. Es algo totalmente distinto. Es un fruto que sólo madura en el huerto del Espíritu. La vida de la iglesia es obra directa y permanente de Cristo, sin intermediarios ni mediadores; porque Cristo vive, la iglesia también vive. Él es el sol de justicia que alumbra día y noche a su iglesia; Él por Su Espíritu hace madurar su fruto; le da todo el calor de Su amor para que viva y le ame; Él hace correr entre las iglesias Su viento, el Espíritu para que respiren la pura gracia de Su Evangelio; Él personalmente a los Suyos con el vínculo perfecto del amor, perfume delicado que nos anuncia su presencia espiritual.

Este es precisamente el perfume más preciado que un marido puede ofrecer a su esposa. Pero no lo busques en ninguna tienda de este mundo, porque no lo encontrarás. Solamente podrás ofrecer ese perfume (amor) a tu esposa, si Cristo por la fe mora en ti.

“Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres... padres no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor... Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales ... como a Cristo.... no sirviendo al ojo como los que quieren agradar a los hombres sino como siervos de Cristo” (6:1-6).

La clave y el fundamento de todas nuestras relaciones es el Señor, de lo contrario solo tendremos unas relaciones humanas llenas de disensiones y contiendas, de odios y rencores, de adulación y servilismo. Uno de los grandes fracasos en las relaciones entre padres e hijos radica en afrontarlas desde la propia postura de padre o hijo, y no en el Señor. La fuente del amor está en Cristo, y por mucho cariño que los hijos tengan a los padres, no es suficiente para obedecerles en todo. Por eso el apóstol aconseja: “hijos, obedeced en el Señor”. El éxito de tu relación obediente con tus padres está en el Señor. Si no es en Él, tu relación con tus padres estará marcada por los caprichos de tus propios gustos. Entonces te estás honrando a ti, y no a tu padre y a tu madre, como te pide el Señor en su quinto mandamiento: “Honra a tu padre y tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Yhwh tu Dios te da” (Éxodo 20:12).

Otro gran error que muchos padres cometen con sus hijos es criarlos con gran “cariño”, pero “sin disciplina y amonestación del Señor”. En este caso ese “cariño” hacia el hijo no está fundado en el amor de Dios sino en simples sentimientos humanos, que no edifican al hijo sino que lo envanece en su dictador “ego”. La disciplina y la amonestación del Señor es necesaria para el hijo en todo tiempo, para que crezca sano en el pacto de gracia de nuestro Señor Jesucristo, para que “participe de Su santidad”. Esta es la intención de toda disciplina del Señor, aunque esa disciplina a veces produzca tristeza, “pero después da frutos apacibles de justicia” (Hebreos 12:7-11). Y no olvidemos lo que nos dice la Palabra de Dios: “Porque el Señor al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere” (Prov. 3:12). Si el ambiente familiar entre padres e hijos no está totalmente impregnado de una vivencia personal por la fe en Cristo, tarde o temprano, esa familia se irá desintegrando, para seguir las pautas de una vida cotidiana mundana ajena a la vida de Cristo.

Pero los padres también se pueden encontrar en la situación de ser obreros bajo las órdenes de un patrón. Claro está, que aún sería peor la situación de los siervos, a los que en esta carta se les aconseja su forma de proceder con sus amos. Para entender algo de todo esto, debemos partir de la misma realidad vivencial del creyente en Cristo: “Ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos” (Romanos 14:7-8). El punto de mira del creyente no está dirigido al amo ni al padrón, ni a sí mismo, sino al Señor. Porque él no vive para sí ni para ningún otro: “pues si vive, para el Señor vive”. Esta es la luz que debe iluminar nuestra relación sociolaboral: “como siervos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios, sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres”.

Si eres capaz de entender y vivir como nos pide aquí Su Palabra, en ti actuará el poder del Señor y siempre tendrás nuevas fuerzas para hacer la labor en la que el Señor te tenga. Y si hay momentos en tu vida laboral o familiar que te sientes muy cargado o agobiado, escucha lo que el Mismo Jesús te dice: “Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar” (Mt. 11:28).

La armadura para la batalla de la fe es dada por Dios Mismo

CAPÍTULO 6:10-24

“Vestíos de toda armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (v. 10-11).

El apóstol, una vez que expuso a la iglesia toda la riqueza y la grandeza de la salvación en Cristo, ahora termina esta carta con una exhortación a permanecer en la lucha por la fe en el poder del Señor. Quiere que los hermanos tengan muy claro, “cuál es la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos”, y que no nos enfrentemos a esa lucha con nuestras propias armas. Porque nuestras propias armas, por sí mismas, no tienen ningún poder para luchar contra el poder de satanás; y poder salir victoriosos de esa lucha. Nuestra fortaleza sólo está en Cristo. Por eso el apóstol exclama: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. (Fil. 4:13). Cuando ponemos todas nuestras esperanzas en Él, nos abandonamos y entregamos totalmente a Él, Su potencia actúa en nosotros, y entonces somos fuertes en Él.

Los creyentes no se pueden hacer fuertes a sí mismos. Pero al reconocer su propia incapacidad, y su entrega en plena confianza al Señor desde la firmeza de la fe, el Señor actúa con poder en ellos. Y ese poder es grande, tan grande que nada ni nadie lo puede vencer. Los creyentes desde la firmeza de la fe no tienen porqué estar temerosos en las luchas diarias de la vida, sabiendo que en ellos actúa el poder invencible de Cristo. Por eso debemos tener muy claro que debemos revestirnos de todo la armadura de Dios; y no presentarnos con nuestra propia armadura o con la armadura que nos ofrecen los hombres religiosos. La armadura para la batalla de la fe es dada por Dios Mismo. Ella está suficiente y totalmente diseñada para poder parar los golpes del enemigo sin romperse. Quien se cubra con ella, y luche revestido por ella, permanece victorioso. Es absolutamente necesario estar revestido de la armadura de Dios, porque la lucha del creyente no es contra carne y sangre, es decir, contra seres materiales, sino contra seres espirituales de maldad, gobernadores de las tinieblas de este siglo. Esas tinieblas tienen asiento en la mente del hombre, porque “el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandeciese la luz del Evangelio de la gloria de Cristo.... Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Cor. 4:5,6). Donde resplandece esta luz de Dios se quiebra el dominio de este tirano espiritual. Estos gobernadores de las tinieblas están totalmente consumidos por la maldad. Y se nos advierte que son de las regiones celestes, no terrenales, para que en la lucha de la fe utilicemos la armadura de Dios.

“Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes... Ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de la justicia” (v.13,14).

El hombre sin esta armadura de Dios nada puede hacer en la lucha contra los poderes de las tinieblas, solo será una víctima de esa dictadura.

Aquí se nos especifica, en qué consiste esta armadura que Dios ha preparado, para todos los que han “oído la Palabra de verdad, el Evangelio de la salvación, y habiendo creído en Él, fueron sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (1:13).

En primer lugar nos presenta como ceñidor de nuestros lomos la verdad. Esta verdad no se puede poner y quitar. Hay una frase pronunciada por el Señor que nos orienta en este sentido: “Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámpara encendidas... porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá” (Lc. 12:35).

Si nuestra lucha es contra el padre de la mentira, debemos permanecer siempre en la verdad tanto en nuestros pensamientos como en nuestras palabras y obras; porque en el diablo no hay verdad sino mentira (8:44).

“Vestidos con la coraza de la justicia”. La coraza era una armadura metálica o de cuero que protegía todo el pecho contra las flechas o heridas que señalaban el corazón. Aquí se nos dice que la coraza de un creyente es la justicia. Esta justicia nos la ha dado Dios en Cristo a los pecadores. “Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios... por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él... siendo justificados gratuitamente por su gracia...” (Rom. 3:21-23). “No teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo Jesús, la justicia que es de Dios por la fe” (Fil. 3:9).

Este es el gran regalo que Dios nos ha dado en Cristo por Su misericordia, lavándonos de nuestros pecados con Su sangre, y regenerándonos y renovándonos en el Espíritu Santo (Tito 3:5). Por medio de la fe siempre debemos tener vestida esta coraza de la justicia, para que nuestro corazón permanezca totalmente protegido contra todas las artimañas del error, tanto religioso como arreligioso. Porque satanás utilizará todos los medios para apartarnos de la justicia de Dios, que nos hace invencible; y a cambio nos ofrece caminar en la vanidad de nuestra mente, “ajenos a la vida de Dios”. Por eso Pablo hace hincapié en que nos renovemos en el espíritu de nuestra mente, “y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios, en la justicia y la santidad de la verdad” (4:23,24). Vemos que satanás en el paraíso hizo todo lo posible para destruir la imagen de Dios en el hombre. Nunca aceptó que Dios dijera: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (Génesis 1:26). Y ahora tampoco va aceptar que muchos hombres y mujeres se vistan del nuevo hombre, “creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad”. Intentará destruir esa creación de Dios en justicia y santidad, que es el hombre nuevo en Cristo: porque “si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (2 Cor. 5:17).

“Sobre todo , tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno” (v. 16).

El único escudo, que nos protege de todos los dardos del maligno, es la fe en nuestro Señor Jesucristo. Todos los otros escudos, que los hombres religiosos nos pueden

proporcionar, no tienen poder alguno para apagar los dardos de fuego del maligno. Siempre ha habido muchos fabricantes de sus propios escudos religiosos. Cada orden religiosa dentro de la iglesia católica (sean estos frailes o monjas) tiene su propio escudo fabricado por su fundador. Otro tanto podemos decir de todos aquellos que llamándose “evangélicos o protestantes” usan también como escudo principal de su vida religiosa, lo que el fundador de su denominación les ha enseñando.

Pero por la fe, como escudo, estamos unidos al Señor Jesús, vivimos por Él, tenemos en Él nuestra fuerza, confiamos en Él, nos aferramos a Él y a Su Palabra, y nada nos puede perder. El enemigo por medio de las gentes no sólo lanza flechas contra los creyentes, sino también las flechas incandescentes de la duda, la difamación, el engaño, la seducción, para que nos perdamos para siempre. Por la fe en el Señor Jesús y en Dios y su Palabra todas estas flechas son repelidas. Pero ningún otro escudo fabricado por los hombres de la religión puede apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y esta es una gran trampa de satanás para confundir, más y más, el entendimiento de los incrédulos, que usan esos mismos escudos religiosos para perseguir a los que tienen el escudo de la fe de nuestro Señor Jesucristo.

“Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios” (v.17). El yelmo en las armaduras antiguas era la pieza que cubría toda la cabeza. Hay un verso paralelo en el profeta Isaías que dice así: “Pues de justicia se vistió como una coraza, con yelmo de salvación en su cabeza” (59:17). Esta es una imagen profética de la obra de la salvación del Señor anunciada y garantizada a Su pueblo, que Él Mismo hace realidad. Los creyentes deben cubrir sus cabezas con ese yelmo de la salvación en el enfrentamiento contra los golpes de su enemigo. Pero además también es su salvación prometida y garantizada, y ellos alcanzarán la victoria, cuya seguridad y garantía está en el Nombre de Dios. Esta salvación consumada en la cruz del Gólgota por el Amado del Padre es el único yelmo, que protege nuestra cabeza en la lucha diaria. El Señor Jesús nos advierte que en el mundo tendremos aficciones, pero al mismo tiempo nos da un grito de ánimo: “Confíad, Yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33). Si tú quieres vencer al mundo debes aceptar sin condiciones la salvación que nos ha sido dada en Cristo Jesús. Entonces verás que la respuesta a esta pregunta es clara para ti: “¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?... y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Juan 5:4,5). Por eso debemos usar bien la Palabra de Dios, porque es la espada del Espíritu que Dios pone en nuestras manos. Jamás cambiemos de espada en la lucha de la fe. Porque hay muchos que han forjado sus propias espadas para su lucha religiosa, pero nada, o muy poco, tienen que ver con la espada del Espíritu. El Señor por boca del profeta Jeremías nos pregunta: “¿No es mi Palabra como fuego, dice Yhwh, y como martillo que quebranta la piedra?” (23:29). Debemos tomar ejemplo del Maestro, porque Él no utilizó otra espada para defenderse de los ataques del tentador, sino la Palabra de Dios. Esto lo podemos leer en Mateo 4:1-11 y en Lucas 4:1-13. El Señor dijo: “Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios; al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo servirás”. Y cuando satanás intenta tomar en su boca esa “palabra”, le dijo Jesús: “Dicho está: No tentarás al Señor tu Dios”. Porque

“toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Tim. 3:16).

Cuando alguien utiliza las Escrituras para enseñar sus propias doctrinas, y para redargüir contra los que son fieles a la Palabra de Dios, e instruyen a sus fieles en sus propios métodos para justificarse ante Dios, a éstos solo cabe recordarles lo que está escrito en 1 Timoteo 4:1: “El Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios”.

Hoy por todas partes se levantan hombres religiosos blandiendo sus propias espadas, pero no la espada del Espíritu, “que es la Palabra de Dios”. Sólo los que tienen el Espíritu de Cristo, usarán la espada del Espíritu, para enseñar, redargüir, corregir e instruir en justicia y con amor.

Sin olvidar en ningún momento que debemos permanecer en oración “en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu”.

